

HOY NO QUIERO VIVIR

Por Elizabeth Mariana Hernández Arbisu

Me quedé mirando fijamente el oscuro color del pavimento, semirrecargada a la mitad de un puente peatonal sobre la calzada Ignacio Zaragoza en la ciudad de México. Veía pasar y pasar los autos a gran velocidad, y en mi mente seguía revoloteando la idea del suicidio que, desde hacía varios días, no me abandonaba. Pude imaginar mi cuerpo cayendo desde lo alto del puente y estrellándose contra el piso. Seguramente a algún automovilista le será imposible frenar, y si no muero del impacto por la caída, el peso de su auto al pasar sobre mí acabará con mi vida. No pude evitar estremecerme, pero ya lo había decidido. “Es lo mejor —pensé—, y además será cuestión de segundos”.

Mi mente retrocedió año y medio, al momento en que mi padre decidió irse a Estados Unidos con la idea de trabajar para mejorar nuestra vida. Éramos una familia hasta cierto punto unida: mi madre, mi hermana Anita de 14 años, mi hermano Jesús de 7 y yo de 17. Llenábamos la existencia de mi padre, él nos amaba y aunque no éramos ricos, vivíamos cómodamente gracias a su esfuerzo y a su empeño por sacarnos adelante. Era muy trabajador y se preocupaba por nosotros.

Había pasado todo ese tiempo y desde que se fue no volvimos a saber nada de él. Jamás llegó a su destino, no sabíamos si estaba vivo o muerto. No concebía en mi cabeza que mi padre nos hubiera abandonado, pero también me lastimaba suponer que estuviera muerto, por eso prefería no pensar, aunque sentía un tremendo vacío y me dolía el corazón.

Tal vez por eso accedí a ser novia de Luis, un compañero de escuela al que, a pesar de no ser mi ideal, acepté. Tenía tres meses de salir con él y ya me incitaba a consumir drogas, quesque para alivianarme, aunque yo me resistía. Al principio me las obsequiaba; después tuve que comprarlas. Yo sabía que eso no estaba bien, mis padres siempre me previnieron y hablaron conmigo al respecto, pero me sentía tan triste, tan sola, y me pesaba tanto el abandono de mi padre, que fui débil y caí. Aunque no me consideraba adicta, empezaba a tener la necesidad de consumirlas.

El deseo de terminar con mi vida se había venido apoderando de mí. Cursaba el cuarto semestre en el Colegio de Bachilleres 10 y siempre había sido una alumna estudiosa, de buenas calificaciones, pero desde que

faltó mi padre sentía una depresión horrible y mi rendimiento en la escuela disminuyó notablemente. A pesar de que sabía que Luis no era buena compañía, tenía miedo de quedarme más sola y sin ningún amigo.

“¿Qué caso tiene vivir?” —pensaba—. De pronto escuché una voz lejana:

—¿Podrías ayudarme por favor?— sentí una mano en mi espalda y la voz que me hablaba más fuerte—. ¡A ti te hablo, niña!

Giré la cabeza con cierto enfado y vi a la anciana que me enseñaba un frasco de pastillas.

—¡Por favor, destápalo, que yo no puedo!

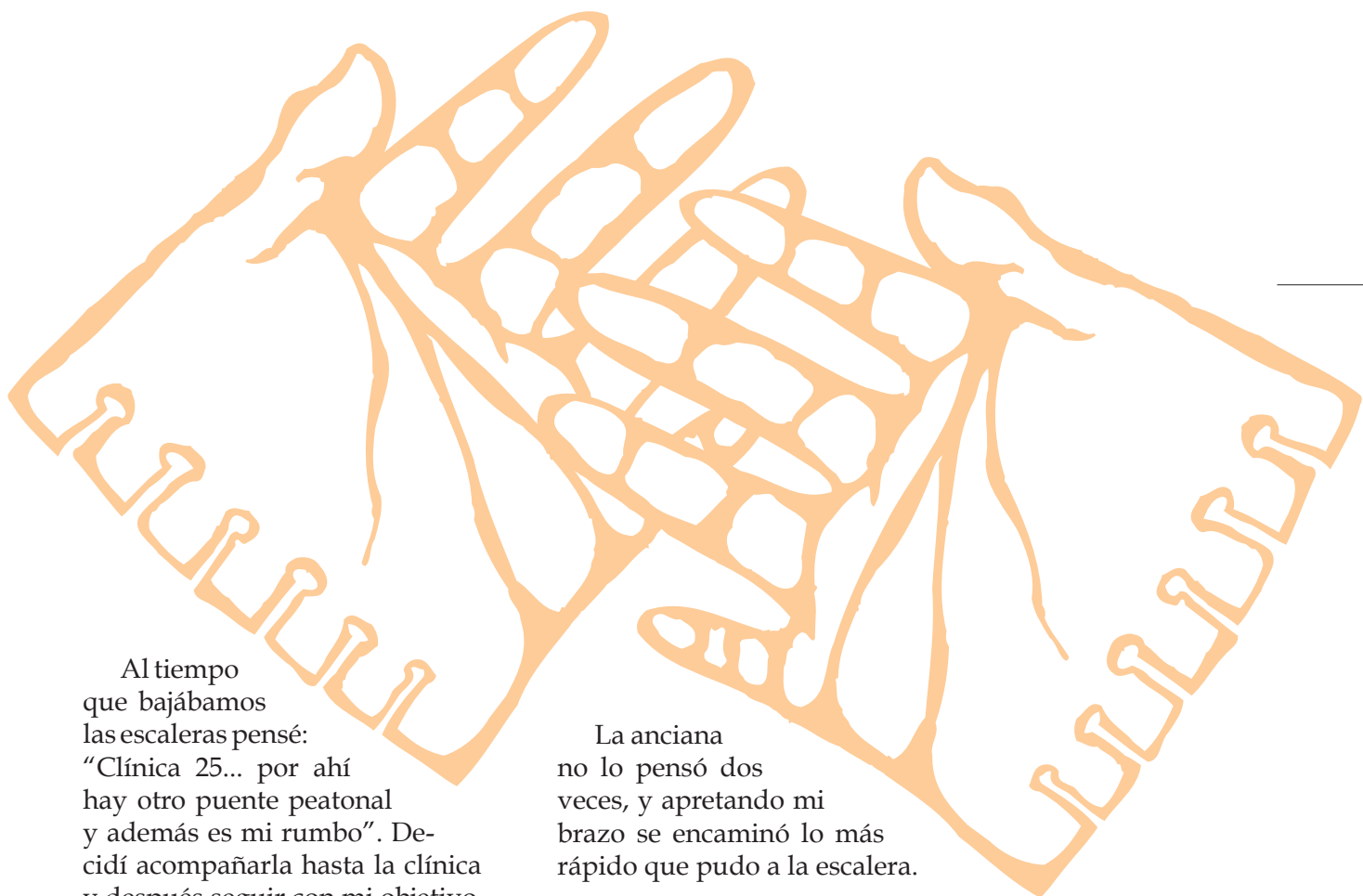
Me quedé mirando el pequeño frasco y noté la deformidad en sus manos causada por una avanzada artritis. Indiferente, casi le arrebaté el frasco.

—Son para la presión. No sé cómo se me ocurrió subir a este maldito puente por ahorrarme unos pesos. ¿Sabes?, esos taxistas son unos abusivos. Voy para el oriente, y por cruzar la calzada se encajan.

La vi tomar una pastilla y ponérsela debajo de la lengua, al tiempo que me daba las gracias acariciándome la barbilla. Comenzó a alejarse rumbo a la escalera. Observé su figura cansada y cómo, con la ayuda de un bastón, le costaba trabajo caminar aprisa. Al ver sus pasos torpes, recordé a mi abuela materna y no pude evitar sentir ternura por esa mujer a la que nunca había visto. Por unos segundos me quedé mirándola y, sobresaltada, descubrí que en su camino alguien con poca cultura había tirado cáscaras de mango o no sé qué. Busqué con la mirada a alguien que pudiera alertarla del peligro, pero la indiferencia de los que pasaban me preocupó aún más y obedeciendo a un impulso corrí, la alcancé, y tomándola del brazo le ayudé a esquivar lo que para ella era peligroso.

—¿A dónde va? —le pregunté.

—Me dirijo a la clínica 25 del Seguro Social. Me le escapé a mi hija, que fue por mis nietos a la escuela, para aprovechar y visitar a mi hermano en el hospital. Es el único que me queda y lo quiero mucho. Ayúdame, por favor, a tomar un taxi.



Al tiempo que bajábamos las escaleras pensé: “Clínica 25... por ahí hay otro puente peatonal y además es mi rumbo”. Decidí acompañarla hasta la clínica y después seguir con mi objetivo.

Al dirigirnos a la recepción, la trabajadora que recibió el pase de visita de manos de la anciana se quedó mirándome y me dijo con voz autoritaria:

— Pasarás con tu abuela para que le ayudes a subir, ya que están reparando el elevador.

— ¡Oiga, pero yo no...! — alcancé a decir —. ¡Será sólo por hoy! — exclamó sin dejarme terminar.

La anciana no lo pensó dos veces, y apretando mi brazo se encaminó lo más rápido que pudo a la escalera.

— ¡Por favor, si dices que no eres mi nieta no te dejarán pasar! Además, te prometo que no te voy a entretener más de veinte minutos.

Subimos a la habitación 313 del tercer piso. Vi el letrero en la cama del enfermo con su nombre: Sabino Palacios, pero más que eso vi su enfermedad: le habían realizado una diálisis y su estado era deprimente.

— ¡Elvira! — pronunció débilmente mientras la anciana lo abrazaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella entristecida.

—¡Aquí, luchando por vivir! Y ¿sabes?, voy a darle batalla a la huesuda, va a tener que sudar para llevarme. Acabo de llamar a la enfermera para que me dé mis medicinas. Estas enfermeras..., si no les recuerdo, se les olvida, y eso que están jóvenes, pero estoy al pendiente. Te aseguro que me levantaré de esta cama.

“Viejito ridículo —pensé—, está más muerto que vivo y todavía quiere vivir”.

—¿Y tú quién eres? —preguntó al tiempo que reparaba en mí.

Le dije lo primero que se me ocurrió:

—Soy una amiga de doña Elvira.

—Sí, sí —dijo ella—, una nietecita que me encontré —agregó, mientras me sonreía y guiñaba un ojo.

Miré a mi alrededor, había allí otros pacientes quejándose. Se respiraba enfermedad y había también soledad y tristeza. De pronto, el enfermo que estaba junto a don Sabi-

no empezó a convulsionarse en su cama, se jalaba las mangueras del oxígeno y del suero en una desesperación sin fin. Alguien tocó un timbre y llegaron dos hombres vestidos de blanco. Con prisa lo atendieron mientras hablaban en un lenguaje médico que yo no entendía. Los veía luchar por salvar la vida de aquel señor semiviejo. En la confusión, alguien nos ordenó que saliéramos. En el pasillo, doña Elvira y yo esperamos unos cinco minutos. Enfermeras y médicos entraban y salían del cuarto. Vi salir a los últimos con cara de derrota:

—Habrá que avisar a sus familiares —dijo uno, y dirigiéndose a nosotras—: Ya pueden pasar.

Cuando entramos, se podía respirar el olor a fracaso, a impotencia y a muerte. El hombre yacía en su cama cubierto de pies a cabeza con una sábana.

—Váyanse ya, Elvira, esto es muy deprimente —balbuceó don Sabino—, pero esto que le pasó a mi vecino no pasará conmigo. Este difunto no quería vivir y yo sí. ¡Tengo muchas cosas por hacer! —agregó al tiempo que respiraba profundo.

Doña Elvira se despidió y yo le dije un hasta luego. Nos retiramos.

Cuando el aire de la calle golpeó mi rostro me sentí un poco mejor. Me había impresionado presenciar la muerte de un ser humano y ver cómo los médicos habían luchado arduamente y con desesperación por salvar una vida, aunque fuera la de un hombre viejo, enfermo y acabado, que a simple vista no servía para nada.

Doña Elvira agradeció mi compañía y después de dejarla en un taxi levanté la mirada y contemplé el puente peatonal que estaba frente a mí. Levanté los hombros decepcionada al ver mis planes frustrados. Sentí ganas de regresar a casa y refugiarme en mi cuarto, la tarde era fría y comenzaba a llover.

Esa noche no podía dormir, pensaba en lo que había acontecido en el día. Meditaba sobre don Sabino, no comprendía su lucha y su ánimo por vivir, ¿para qué? Si yo, con tan sólo 18 años no le encontraba sentido a mi vida, ¿para qué quería ese hombre viejo y enfermo vivir? Me levanté sigilosamente y deslicé mis pasos hacia la habitación de mi ma-

dre, que descansaba de la dura labor del día. Había entrado a trabajar de auxiliar contable y aunque siempre me dedicaba parte de su tiempo, el pesado horario que tenía y el deber de revisar la tarea a mis hermanos hacía que pasáramos menos tiempo juntas. Yo sabía que sufría por la ausencia de mi padre, pero ahora ella era el pilar fuerte y se esforzaba por darnos ánimo. La miré con ternura y simbólicamente me despedí de ella.

Me dirigí al cuarto de mi hermano pequeño. Chuchito dormía con la paz y la tranquilidad que hay en los niños. Mi madre le había mentado diciéndole que mi padre estaba bien y que pronto volvería. Lo besé cariñosamente; sabía que era la última vez, puesto que los planes de suicidarme seguían en mi mente.

Regresé al cuarto que compartía con mi hermana y no pude evitar llorar. Lloré mucho, hasta que me cansé. Le di un beso a Anita y después me recosté en mi cama pensando en el día siguiente.

Salí muy temprano de casa con mi mochila al hombro, teniendo en mi mente el puente peatonal. Recordé lo acontecido y pensé: “Esta vez

será diferente”, pero antes me despediré de mi abuela. Ella vivía a unas cuantas cuadras de ahí.

Cuando me abrió la puerta se sorprendió al verme:

—Hijita, ¿por qué tan temprano? Pasa —me dijo al tiempo que cariñosa me abrazaba y me besaba—. Llegas a tiempo para desayunar conmigo, y no me digas que estás guardando la línea porque esta vez no te haré caso.

Mi abuela era una mujer bondadosa y dulce, sus múltiples enfermedades la mantenían casi encerrada en su casa y tal vez por eso le agradaba mucho que la visitaran.

—Qué bonita estás, hija, ¡quién tuviera tu juventud, tu salud y toda una vida por delante!

Sentía un gran cariño por mi abuela Natalia, siempre había sido así. Cuando iba a verla me daba consejos, me llenaba de recomendaciones para la vida diaria y, a menudo, sacaba un libro color vino al que llamaba Santa Biblia y me leía historias y parábolas que ahí encontraba. Aunque a ella le encantaba hacerlo, a mí a veces me

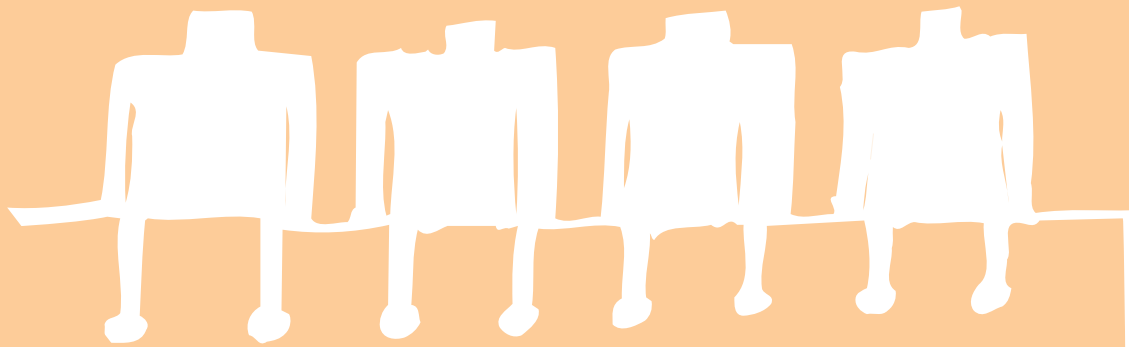
aburría. Después de desayunar le ayudé a asear su pequeña cocina y nos sentamos a conversar.

—Abue, ¿hoy no vas a leerme las historias de tu Biblia?

—¡Claro que sí, mi niña!, pero ¿qué mosca te picó hoy? Porque no sabes disimular y me doy cuenta de que a veces te duermo.

Fue a su buró y sacó aquel libro. Lo abrió y comenzó a predicarme sobre un Cristo que me amó y del gran amor que mostró por la humanidad muriendo en una cruz por darnos salvación.

En mi pensamiento dije: “Si es verdad eso que está escrito, hoy tendré un encuentro con ese ser maravilloso y poderoso del que tanto me ha hablado mi abuela”. Mis padres me habían enseñado a ser creyente, pero mi abuela lo hacía con más énfasis. Pasé un buen rato con ella en su pequeño departamento, se respiraba tranquilidad y paz. Otra de sus hijas vivía en la parte superior de la casa y estaba siempre pendiente de ella. En su momento me despedí. La estreché contra mi pecho, quería que sintiera cuánto, pero cuánto la



amaba. Tal vez porque siempre me hablaba bien de mi padre y me decía que lo había querido como a un hijo. Después de besarla con cariño crucé el amplio patio para dirigirme a la puerta de salida. Ella, desde su puerta, me decía:

— ¡Vuelve pronto, hija!

— Sí, abuelita — contesté, aun cuando sabía que mentía.

Llegué a la salida y apenas había cerrado la puerta, escuché que alguien gritaba dentro de la casa:

— ¡Mamá! ¡Mamacita!

Me quedé inmóvil tratando de escuchar. No estaba segura de que fuera ahí, pero alguien dijo:

— ¡Llama a Mariana, acaba de salir!

La puerta que acababa de cerrar se abrió de inmediato. Una de las primitas la había abierto y entré corriendo. En la puerta del pequeño departamento estaba mi abuela desmayada mientras mi tía trataba de volverla en sí y pedía que lleváramos el alcohol. La familia se movilizó y llamaron al médico. Yo no

alcanzaba a comprender qué le pasaba, apenas hacía unos momentos ella estaba bien. La llevamos a su cama y abrió los ojos. Una gruesa lágrima escurrió lentamente por su mejilla marcada por el tiempo y sonrió levemente. Se quedó quieta. En ese momento entró el médico a la habitación. Rápidamente abrió su maletín sin dejar de observarla. Preocupado, tomó la mano de mi abuela para sentir su pulso, tocó su frente, auscultó cuidadosamente buscando escuchar el latido cardíaco. Todos esperábamos una reacción en la abuela, algo que nos sacara de esa angustia que ya había inundado la habitación. El médico deslizó su mano suavemente hacia el pálido y querido rostro de mi abuela y cerró sus ojos. No pude contener ya mis sollozos y se convirtieron en llanto. ¿Cómo era posible? Mi abuelita querida había muerto.

— Lo siento, a la señora le falló el corazón, el infarto fue fatal — dijo el médico y se retiró.

La noticia para mi madre fue tremenda. Me di cuenta de su sufrimiento por la gran pérdida de su madre. Siempre había contado con su apoyo, cariño y comprensión. Yo sentía un nudo en la garganta, me

dolía mucho lo que estaba aconteciendo y me parecía una pesadilla.

El velorio de mi abuela transcurrió lento, podía palpase el dolor. Además de la familia, había muchos conocidos y vecinos. Ella se había dado a querer y la gente apenas si cabía en la sala mortuoria. Parecía como si durmiera dentro del frío ataúd. La leve sonrisa que había en sus labios no la pudo desvanecer la rigidez que da la muerte.

Mi pequeño hermano Jesús se separó del lado de mi madre y se dirigió a mí, que permanecía sentada abrazando a Anita. Le tendí mi mano y él se arrojó en mis brazos llorando:

— ¡Se murió mi abuelita! — decía con voz entrecortada por el llanto y yo no encontraba palabras para consolarlo, no las tenía. Sentía su cuerpecito estremecerse y no pude más que abrazarlo muy fuerte y balbucearle quedamente:

— ¡Aquí estoy, Chuchito, me tienes a mí que te quiero mucho!

Levantando su carita, fijó su mirada en mí y pude ver sus ojitos nublados, empapados por el llanto, mientras me preguntaba:

— ¿Qué pasará con el cuerpo de mi abuelita?

— Mañana iremos al cementerio y allí lo dejaremos — contesté con tristeza.

— ¿Ya no la veré más?

— No, Chuchito, ya no la veremos más.

Sentí cómo su dolor creció convirtiéndose en más llanto y me interrogaba lleno de angustia:

— Mariana, nosotros siempre vamos a estar juntos, ¿verdad? ¡Prométemelo, por favor, prométemelo!

Nuevamente lo estreché con fuerza:

— Claro que siempre estaremos juntos, ¡te lo prometo, mi niño! — al tiempo que mezclaba su llanto con el mío.

El ataúd de mi abuela descendió lentamente a la sepultura en la cripta familiar. Ya no podía llorar, se me habían agotado las lágrimas. Sentía un gran dolor en mi corazón y un vacío en mi alma.

Regresamos a casa dejando la tumba de mi abuela tapizada de flores y coronas, así como de lágrimas y soledad. Después de besar a mi hermanito Jesús



y dejarlo dormido en su cuarto, me fui al que compartía con mi hermana.

Esa tarde había estado también muy cerca de mi madre. La pena y el dolor nos habían hecho sentir unidas y, en esos momentos, supe que siempre contaría con ella. Ya en mi cama, recordé a mi padre. ¡Cuánta falta me hacía! ¡Si él estuviera aquí! ¡Cuánto me dolía su ausencia! Me sentía tan cansada, tan agotada física y espiritualmente, que me quedé dormida.

Amanecía cuando vagamente oí ruido en el cuarto de mi madre. Me levanté y fui a ver qué sucedía. Ella se había sentido mal y había llamado al médico, el cual le daba instrucciones cuando entré.

—Es importante que tome su medicamento, señora. Hágalo por sus hijos y por usted misma —agregó preocupado mientras ponía en mis manos la receta médica y me decía—: cuida mucho a tu madre, ¡te necesita!

Mi madre cayó en una profunda depresión. Dejó de asistir a su trabajo, pero gracias a que recibíamos la renta de dos pequeños departamentos que mi padre había construido en la parte trasera de la casa, pudimos ir la pasando. Me reporté en la escuela con pro-

blemas familiares para evitar que me dieran de baja. Tuve que sacar fuerzas de mi ánimo tan caído para atender a mi madre y a mis hermanos, sobre todo a Chuchito.

¿Tenía derecho a seguir pensando en el suicidio? Veía a mi madre enferma y decaída y a mis hermanos, que tanto quería, solos y, de cierta manera, desprotegidos. La vida me estaba poniendo en una situación más difícil que la que tenía anteriormente. ¿Se valía tratar de escapar por “la puerta falsa” y darle así un nuevo dolor a mi madre, que de seguro la mataría, y dejar a mis hermanos, a los que tanto quería, más solos y desprotegidos que nunca? Pero, ¿de dónde sacaría yo fuerzas para salir adelante?, ¿de dónde, si me sentía también desfallecer, si quería huir y no saber más? Pero ¿adónde iría que no me persiguiera la necesidad de mi madre y de mis hermanos? Comprendí que les hacía falta. Sentí un gran peso y la responsabilidad de una familia que dependía de mí. Recordé la historia que me había leído mi abuela acerca del amor de Dios, ese Cristo que aceptó morir por salvarnos y comprendí que debió ser un amor inmenso como para hacer semejante sacrificio, sacrificio

de muerte. Y yo, ¿cuánto amaba a los míos?, ¿qué estaba dispuesta a dar por ellos? Sentí que una venda caía de mis ojos y que una maraña se iba quitando de mi cerebro. ¿No podía hacer el “sacrificio de vivir” y olvidarme de la horrenda idea del suicidio? Vino a mi mente la promesa hecha a Chuchito el día que murió mi abuela y sentí como que algo me oprimía el corazón. Tenía un compromiso, un compromiso de vida por amor a mi madre, a mi hermana y, en especial, a Chuchito.

A partir de ese momento decidí luchar, luchar por salir adelante. Me llené de coraje, ya no contra la vida sino contra la adversidad y contra todos los sentimientos negativos y suicidas que había tenido. Comprendí que yo era parte de este mundo maravilloso y que la oportunidad de vida era solamente una; ¡no podía desperdiciarla! ¡Tenía derecho a soñar, a luchar por lograr mis metas, mis anhelos e ilusiones!

Mi corazón me gritaba: “¡VIVE!, ¡VIVE!, ¡la vida puede ser tan bella como tú quieras!, ¡busca y cultiva el amor hacia a ti!, ¡ése es el antídoto perfecto para tus debilidades, angus-

tias y temores! Necesitas vivir con la plenitud del sol, con la alegría de las flores, con la melancolía de la lluvia. No vivas en el mañana que no te pertenece, no pienses en la muerte. Vive hoy como eres tú, vive tú en ti, tu vida es la más preciada posesión y mira dónde estás situada, no tengas miedo a vivir.

Dios nos hizo y eso es precioso, triunfa, siéntete auténticamente feliz, aprende a ver en el interior de tu alma para que puedas darte cuenta de que tú puedes; tienes que tener fe en ti. Aún habiendo espinas y abrojos en tu camino, no tengas miedo a quitarlas, ¡lucha! Dentro de ti están todos los secretos para realizar tus sueños, eres única y no hay nadie como tú.

Tú puedes poner remedio a tu vida, haz que la llama de la grandeza se haga una hoguera y te sentirás capaz de lograr las más grandes hazañas. Tú vales y eres importante, ¡atrévete a brillar!

Comprendo ahora que el ser maravilloso que Dios formó soy yo, y que la pequeñez y la derrota del hombre se muestran cuando se deja vencer sin antes luchar. 